

Psicoanálisis en el campo educativo: docencia, (de) formación y escuela

Lilia Nieto Fernández¹

Resumen. El artículo es una reflexión teórica sobre el cuerpo docente, el proceso educativo y la escuela contemporánea desde la perspectiva del psicoanálisis. Se destaca con esta lectura la relación indisoluble que existe entre el maestro, los procesos deformativos y el malestar en la escuela. La idea que se argumenta es que la crisis del cuerpo docente produce efectos ambiguos y deformantes en el alumno y esta crisis de la relación pedagógica coloca en grave peligro a la escuela como escenario de la educación para el futuro. La nueva educación en la escuela posmoderna se realiza sobre una crisis de autoridad institucional que afecta directamente a las modalidades de transmisión pedagógica, pero sobre todo altera el vínculo transferencial entre maestro y alumno sin el cual no es posible la relación pedagógica.

Palabras clave. Cuerpo docente, Proceso (de) formación, Escuela contemporánea, Vínculo transferencial, Relación pedagógica

Psychoanalysis in the educational field: teaching, (de) training and school

Abstract. The article is a theoretical reflection on the teaching body, the educational process, and the contemporary school from the perspective of psychoanalysis. With this reading, the inseparable relationship that exists between the teacher, the deformatory processes and the discomfort at school is highlighted. The idea that is argued is that the crisis of the teaching body produces ambiguous and distorting effects on the student and this crisis of the pedagogical relationship places the school as a stage

1. Doctorante en Educación, Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación. Directora de LUDENS Clínica de Orientación Psicoanalítica. Correo: psicoanalitica- lianietofernandez@yahoo.com.mx

of education for the future in serious damage. The new education in the postmodern school is carried out on a crisis of institutional authority that directly affects the modalities of pedagogical transmission, but above all it alters the transference link between teacher and student without which the pedagogical relationship is not possible.

Keywords. Teaching staff, (de) Training process, Contemporary school, Transference link, Pedagogical relationship

Introducción

En la Escuela de la Posmodernidad² convergen tres elementos que conforman el campo educativo: la figura institucional que el maestro encarna en su cuerpo como representación física y simbólica; el proceso de formación educativa que articula dos mecanismos indisociables como son el vínculo trasferencial y la relación pedagógica y el contexto de la escuela donde comienzan a imponerse los objetos singulares de la innovación tecnológica en tanto dispositivos propios de la época moderna. Si estos elementos son estructurales del campo educativo desde siempre, no establecen las mismas condiciones de su relación interna en la actualidad porque el lugar del docente se ve desplazado por los aditamentos del escenario educativo y sobre todo por la transformación del modelo de educación que se impone conforme los tiempos posmodernos.

Esta nueva condición en la relación del docente con el alumno ilustra un diagnóstico sobre la educación en términos de la redefinición de lo que antes consideramos como la Crisis de la Educación. Esta distinción es importante porque asistimos a un

² Se entiende por Escuela de la Posmodernidad al campo de la educación que se produce en el contexto de la globalidad y la globalización: internacionalización del capital, imposición de criterios y políticas públicas centradas en los intereses comerciales, sobre todo, la incorporación de aditamentos tecnológicos en el aula y los edificios escolares en el que impera una nueva relación entre los docentes y los alumnos a partir de las nuevas tecnologías. En esta nueva relación se producen cambios estructurales en el proceso de formación educativa.

momento en el que la crisis de la educación muestra la *conflagración* o estallamiento de una relación antes asumida como normal y eterna entre docentes y alumnos; una relación normalizada en la obediencia y la disciplina. La conflagración de la educación es lo que otros han denominada la tragedia educativa (Etcheverry, 1999), la catástrofe silenciosa (Guevara Niebla, 1992). Desde esta perspectiva, la educación ha sufrido cambios estructurales en su práctica docente de tal forma que la crisis de la educación no es un problema de métodos, modelos o procesos educativos específicos, sino manifestaciones de la trasformación profunda en el campo de la educación vinculada a la historia del presente.

Es en esos procesos estructurales, no evidentes, no inmediatos en la práctica educativa, más allá de las manifestaciones empíricas de sus expresiones, donde la lectura psicoanalítica puede aportar algunas consideraciones sobre el lugar central del docente en la educación y la transformación de su lugar en la educación aportando la importancia que tiene la consideración del sujeto del inconsciente para el análisis del sujeto de la educación. Porque en el maestro ejerciendo su función docente es donde se articulan dos procesos poco analizados; la transmisión sociocultural en el acto educativo y la trasferencia establecida en el vínculo maestro alumno. Estos dos procesos se enmarcan en el escenario educativo y su práctica ocurre sin que sea evidente, consciente y racional. Por el contrario, muchos acontecimientos y accidentes que se producen en la relación pedagógica obedecen a esta articulación donde se pone en juego el acto educativo preponderantemente de manera inconsciente.

Los trastornos de la relación pedagógica y la trasferencia vincular entre maestro y alumno se producen en todos aquellos acontecimientos donde el resultado final de la acción educativa se ve perturbada por los accidentes y equívocos puestos en acto en la vida escolar en todos los niveles, no como un acontecimiento ocasional y fortuito sino como una pauta regular, insistente y reproducible una y otra vez porque forma parte de la estructura institucional.

Esta crisis educativa, que por cierto parece crónica en la historia de la educación, es enfrentada regularmente con respuestas técnicas y operativas para restablecer el mismo vínculo entre los actores de la educación sin cuestionar sobre la estructura del vínculo mismo y su finalidad; *la obediencia y la disciplina*. Estas han representado respuestas estereotipadas a los accidentes y equívocos de la educación a los tiempos que aún quedan y a los ya han pasado con sus problemas específicos, coyunturales y a la necesidad política de restaurar el equilibrio roto en el sistema disciplinario y a la función de reproducción social que la educación asume como propia.

Respuestas burocráticas con reformas educativas acordes a la situación específica de la época o, por el contrario, podría pensarse a la nueva crisis de la educación en tanto que se avizora y al mismo tiempo se niega un momento de *conflagración estructural* que derruye la antigua noción de educación en sus escenarios tradicionales: la escuela, el maestro, la congregación en grupos, la transmisión de la información y la acreditación por vía de la calificación como signo de la Autoridad centralizada en el maestro.

Por lo menos es dable pensar hipotéticamente que en el ejercicio de la educación en las actuales condiciones algunos cambios se están produciendo a partir de las transformaciones estructurales que están ocurriendo en las sociedades contemporáneas porque la incorporación de nuevas tecnologías no solo es la introducción de un objeto técnico más de la industria educativa, sino la proyección de cambios profundos en el sistema de relaciones sociales e intercambios que imperan en el nuevo contexto de la educación en todos los niveles, desde la educación básica hasta la educación superior.

En el caso de México específicamente, la política educativa en las últimas décadas ha tenido un derrotero y una finalidad económica para la reproducción social siempre muy bien definida. “A partir de 1998, las autoridades de la Secretaría de Educación Pública (SEP) dieron a conocer una versión detallada de sus planes

para el perfil de escolaridad de la población mexicana en el siglo veintiuno" (Aboites, 2001). En este contexto, la política educativa navega con la ilusión de construir el modelo educativo acorde a un ideal político sobre el que se define el modelo de educación que se modifica al arbitrio de los intereses políticos y coyunturales del momento. ¿Alguien podría negar esta verdad que sufren todos los involucrados en el campo de la educación de manera recurrente en el escenario escolar de todas las escuelas definidas por esa política de reformas educativas recurrentes?

Para analizar y dilucidar esta condición diagnóstica de la educación es poco probable encontrar indicadores y signos de claridad en los aspectos racionales, lógicos y manifiestos de la situación que pasa más por la condición inconsciente de los procesos institucionales de la educación. Y es aquí donde la perspectiva psicoanalítica resulta pertinente para abordar los síntomas que evidencian una crisis de nuevo cuño. Una crisis organizada por la pérdida de los referentes tradicionales que daban sustento al proceso educativo en la escuela y en el aula conforme a un orden simbólico.

Los procesos inconscientes de la educación pasan por los mecanismos que la institución impone como orden simbólico y será uno de los aspectos que abordamos en esta propuesta. Porque una cosa es la expresión manifiesta de la educación y de la escuela y otra cosa muy distinta lo que representa en otros planos de lo no dicho, lo no pensado, lo encriptado en los escenarios escolares; los secretos, los rumores, los silencios, las insidias, las luchas por el poder, las acciones perversas que se producen en la escuela como si fueran parte de una cultura de grupo normal. Todo eso que produce el sufrimiento institucional y que todos padecen en algún momento de su trayectoria formativa y profesional.

Esta condición inconsciente de los procesos institucionales de la educación se manifiesta en el sadismo pedagógico del docente, el estrés laboral de los maestros, la lucha intestina por el poder en las aulas, los efectos perversos de la relación pedagógica, el abuso de

poder, la agresión y hostilidad de los alumnos contra los maestros, las violencias escolares, la enfermedad psicosomática de maestros y alumnos, los suicidios y cada vez más el estallamiento institucional manifiesto en los atentados criminales. Estas manifestaciones quedan regularmente soterradas porque la crisis educativa se la evalúa solamente en términos de rendimiento escolar o educativo dejando de lado la producción subjetiva de este acto, “El encuentro del sufrimiento y de sus formas psicopatológicas en los vínculos instituidos entre dos o más personas” (Kaës, 1998; 13).

La crisis de la educación es una crisis institucional y tiene menos que ver con las condiciones materiales de su implementación (la administración de su ejecución pedagógica), y más con la base instituida donde está operando la disolución de las estructuras simbólicas de la institución misma: el lugar del maestro, los escenarios de la trasmisión, las condiciones de los vínculos trasferenciales, el sentido y la finalidad de la educación. Son estas condiciones de la educación las que procuraban en el pasado, en la escuela tradicional, el marco para la organización y la diferenciación simbólica entre maestro y alumno; la diferencia jerárquica entre el que se supone sabe y el que se supone debe aprender.

Como en otros escenarios de la sociedad contemporánea, la escuela también sufre de estos derrumbamientos catastróficos en el orden simbólico de la institución, de sus personajes y de las relaciones que los caracterizan. En lo inmediato, más allá de la imposición de una *calificación* como elemento estructural del dispositivo escolar, el maestro ya no es el único conducto de trasmisión de información ni representa a la autoridad del saber, como sí ocurría en el pasado. Ahora el maestro es evaluado, tiene que acumular puntos, conseguir varias plazas, es cuestionado por los alumnos, estos ya no piensan que la educación tenga algún poder para la vida, la educación y el lugar del maestro se pone en entredicho.

Para la investigación psicoanalítica en el campo de la educación la relación transferencial tendría que ser la clave maestra para crear las condiciones de posibilidad que permitan establecer una relación significativa en la escucha y la observación del otro como ocurre con el análisis en el trabajo clínico en el diván, ahí donde los propósitos son netamente terapéuticos, pero que no sólo ahí se pone en juego la cuestión de la transferencia.

La transferencia puede ser analizada en otros contextos donde imperan las relaciones de trasmisión, vínculo, enlace, lazo o intercambio porque en todos estos contextos pueden ocurrir los accidentes del vínculo como en toda relación donde el poder se pone en juego.

Este riesgo de la relación transferencial en el campo educativo y los accidentes que produce debería estar en análisis permanente y no bajo vigilancia porque, así como ocurre ahora, en la vigilancia disfrazada de evaluación se produce una situación persecutoria dentro de la escuela que termina generando mayores problemas en el ámbito de los procesos educativos entre maestro y alumno. La vigilancia es un mecanismo propio de las instituciones disciplinarias que M. Foucault destacó como propio de las instituciones que al tiempo que construían una definición del sujeto moderno, edificaban las condiciones de su normalización por vía de la observación jerárquica, unidireccional y disciplinar cuya finalidad era el control (Foucault, 1976). Y la vigilancia siempre se estipula como bien para el otro que es mirado y controlado. Es esta figura, del que mira, y su función desde el lugar del docente es la que queda cuestionada en las condiciones posmodernas de la educación.

El análisis del personaje de la educación (el actor que ejecuta la acción de enseñar o aprender, maestro o alumno) es importante porque de él dependen las posibilidades de desbrozar los aspectos inconscientes del sujeto de la educación (la función que se ejerce inconscientemente en la relación de transmisión y transferencia) que se pone en acto todos los días en el aula y en la escuela donde

el maestro padece las inclemencias de la mala educación y la mala conducta de sus alumnos. Regularmente solo se analizan los efectos que la crisis de la educación pone de manifiesto; maestros que no saben enseñar y alumnos que no aprenden. Sin que estos resultados pongan en cuestión las condiciones de la educación y las situaciones específicas de su ejecución: malas instalaciones, condiciones laborales, jornadas extensas, precarización generalizada del trabajo docente, sobre cargas de trabajo, programas curriculares insostenibles, materiales inadecuados, etc. “No basta con señalar la falla, es necesario identificar su origen y realizar acciones para eliminarla” (Díaz Barriga, 2009; 14).

Si se complejiza la observación sobre el sujeto de la educación habrá que decir que este no es un individuo encarnado en alumno o maestro, sino el punto de intersección que articula la estructura que hace posible una relación estructurada en un sistema de relaciones donde intervienen todos los elementos estructurales del acto educativo. En este sentido, desde una lectura psicoanalítica el sujeto de la educación es un sistema de múltiples elementos que se ponen en juego en un sistema de relaciones e intercambios que conforman una trama institucional donde los objetivos explícitos no necesariamente coinciden con los mecanismos latentes.

La mala educación diagnosticada por la evaluación educativa no es una observación moral sobre el fracaso de la educación en tanto déficit de aprendizaje, sino en tanto distorsión de las relaciones que se imponen en el acto educativo entre los actores de la escena educativa. Por ejemplo, la agresión regular que se produce de los alumnos contra el maestro, la seducción y abuso sexual de los maestros contra las alumnas, las finalidades aviesas que la educación impone a los alumnos como clientela política o económica y muchas otras escenas que se producen en lo que aquí llamo la conflagración estructural de la educación.

El personaje institucional del maestro

Toda acción social es una práctica regular estructurada conforme a la organización social que corresponda, sea esta una banda de homínidos o una sociedad compleja. La diferencia estriba en la unidad compleja que integra los recursos de la organización social. En este sentido, toda organización social produce sus propios personajes y sus específicas funciones correspondientes relacionadas con el ejercicio del poder. “No sólo todos los miembros de una relación social poseen algún poder, sino que no existe ninguna relación social sin presencia de poder. Es común la concepción errónea de que puede haber poder en algunas relaciones, pero no en otras” (Adams, 1976; 25). En este sentido, la ejecución de una práctica social requiere una instrucción y el desarrollo de un oficio, curiosamente donde la educación interviene.

La práctica profesional en una sociedad de un personaje como un rey, un militar, un sacerdote, un médico o un *maestro* hace referencia a un oficio en el cual los objetos y las herramientas de su disciplina aluden a una forma del ser y a una manera de hacer de la sociedad a la que por su historia pertenecen como personajes *reales, imaginarios y simbólicos*.³ La singularidad de un oficio forma parte de la subjetividad producida por la institución a la que representa en el orden social y simbólico.

La práctica profesional de una disciplina alude también a una sociedad por la cual tiene sentido la dialéctica entre el sujeto y el objeto de una relación social e histórica en el marco de las instituciones que les son propias. Cada personaje porta en su ser el origen de esa máscara que hace de rostro, figura, emblema o, simplemente, muestra el signo de algo que oculta tras lo negado de su práctica, en el silencio de su tarea y en la fachada de lo manifiesto que hace de real. Esa máscara que hace semblante

³ Es importante acotar la distinción que tendrá en la investigación sobre el Cuerpo docente la referencia a los tres registros a los que alude la perspectiva de Lacan para hacer alusión al inconsciente estructurado como un lenguaje, es decir, al significante, a la cadena de significaciones y al orden simbólico a que da lugar.

es la figura del personaje que devela en su *haber* lo que oculta en su *hacer*. Algo dice del misterio al que alude con su imagen manifiesta y con el silencio que lo delata en lo latente. Ese *no dicho*, eso reprimido y rechazado es lo que el psicoanálisis devela con su técnica, su método y su teoría ya sea en el sujeto, el grupo o la institución a la que toma como objeto de investigación.

La escucha del psicoanálisis y la mirada a la que da lugar, conforman una lectura desde la que se instaura la *Ciencia del Inconsciente* que tan cara e incómoda resulta a la visión estrecha del positivismo, donde lo real, lo material, lo fáctico, oculta y pasa por alto la estructura de lo inconsciente. Ahí donde el positivismo arriba a la verdad significativa con el dato y la cifra, el psicoanálisis inicia apenas la develación de lo inconsciente mediante el análisis del lenguaje, el síntoma, el lapsus, el sueño y el relato de lo dicho por el sujeto en su singularidad:

El psicoanálisis se articula sobre un proceso que es el centro del descubrimiento freudiano: el retorno de lo rechazado. Este “mecanismo” pone en juego una concepción del tiempo y de la memoria, en el que la conciencia es a la vez *máscara* engañadora y la *huella* efectiva de acontecimientos que organizan el presente. Si el pasado (que tuvo lugar y forma parte de un momento decisivo en el curso de una crisis) es *rechazado, regresa*, pero subrepticiamente, al presente de donde él ha sido excluido (De Certeau, 1987: 77).

Los objetos, las cosas y la mirada positivista hablan no por la física y la formalidad que expresan de manera ingenua, sino por sus cualidades simbólicas que representan, significan y dicen *algo más* de lo que muestran en su materialidad descriptiva: los castillos de piedra, las armas de guerra, el libro sagrado, los instrumentos quirúrgicos que intervienen el cuerpo humano o los materiales didácticos como la tiza, el pizarrón, los papeles y las tintas muestran el *oficio de un personaje*, oficio ligado indefectiblemente a su sociedad y a su entorno temporal.

Hablar del médico, el militar, el sacerdote o el *maestro* es hacer referencia a la Institución que los hace representables en lo social como personajes históricos y que los hace *figura psíquica* en tanto modelos imaginarios para el común de la gente. La figura del maestro en la actualidad refleja proyecta y expresa un decir que la institución escolar en la posmodernidad le impone: malestar, desencanto, idealización, misión, vocación o sacrificio.

Las cosas significantes no son objetos por sí mismos, más bien significan algo para alguien, tienen sentido en un universo de circunstancias que develan un sentido por descubrir. El objeto de estudio en educación es de esta forma, un *enigma* en tanto representa una densidad constitucional más que un dato simple de la estadística que describe sin comprender.

El personaje del *maestro* como *cuerpo* docente no es sólo la existencia de un individuo con vocación mesiánica, es más una representación que evoca la adhesión a un deseo y convoca a un ideal constitutivo de la institución educativa. La investigación en educación tendría que ser un proceso en curso para descubrir algo que no es evidente en el plano de las representaciones materiales, por el contrario, es ese *algo más* que el dato constituido por una cifra, una estadística o una muestra significativa.

Estos personajes históricos e imaginarios que las sociedades construyen no son por sí mismos una identidad social en términos de su profesión especializada, su desempeño individualizado o su destreza particular en la ejecución de la disciplina; más bien emergen por su *representación imaginaria* en tanto personajes de una Institución y son, además, el resultado de un complejo sistema de relaciones socioculturales. En tanto representación imaginaria, estructura subjetiva de un orden simbólico, el personaje es un *sujeto de lenguaje* que lo hace visible, palpable, sujeto de palabra y sujeto de un discurso que lo nombra. Toda representación imaginaria es palabra convertida en discurso que arma una historia narrada, relatada y escuchada. Historia a fin de cuentas que reclama un decir a nombre de quien habla como representante de un mito,

un relato, una leyenda, una narración, un cuento o simplemente una novela sobre sí mismo.⁴

El maestro es así, no la evidencia individual de una vocación pasional, sino la representación simbólica, múltiple y compleja de una Institución denominada *Educación* que encarna en la persona del maestro y que le da cuerpo, figura psíquica, palabra y estructura simbólica. El ser social del maestro es una representación cultural donde toma cuerpo la figura histórica de un sujeto instituido y se manifiesta, además, la estructura del sujeto del inconsciente al que se ha abocado el psicoanálisis desde su nacimiento como su objeto de investigación. El psicoanálisis como ciencia del inconsciente en el campo de la educación tiene la posibilidad de analizar no las evidencias de lo manifiesto; el dato, la cifra o la estadística, sino los signos de lo representable que permanece latente, significantes en uso para ser analizados en su discurso.⁵

Si en una publicación anterior me ocupé del personaje de la pedagogía en tanto sujeto de un vasallaje que lo hace vil en su función de suplencia del poder (Nieto, 2016), es tiempo de analizar ahora el deseo que da cuerpo a la figura del docente como personaje de la institución y al mismo tiempo, documentar esa cosa que le ocurre en su práctica y que es negado por él mismo y denegado por la institución que lo nombra. Esta parece ser una inmejorable ocasión para continuar reflexionando sobre la relación entre el psicoanálisis y el campo de la educación tomando como base al cuerpo docente en sus diferentes expresiones (maestro, instructor, enseñante, etc.) y sus efectos inesperados en la práctica profesional por la negación que se impone a nivel singular en el maestro y a nivel institucional en sus estructuras y programas.

4 Freud acuña la idea sobre la *Novela Familiar del Neurótico* para hacer referencia a esa historia que cada sujeto elabora de su ser y acontecer en el mundo que implica una imagen de sí mismo y una interpretación de su historia singularizada. Esta idea original es la base para construir lo que se considera en esta investigación como la *Novela Pedagógica del Maestro*; es decir, una historia sobre su ser como docente y la trayectoria que le acontece en sus aspiraciones y realidades.

5 El dato estadístico es el punto de partida de una lectura compleja sobre las estructuras y los procesos que le dan producción y sentido en otro orden distinto al mero dato manifiesto.

Psicoanálisis del maestro como cuerpo docente

El personaje institucional propio de cualquier disciplina es el rostro visible de la historia que toma la palabra para decir *quién es* y *cómo realiza el acto de institución* que lo caracteriza en términos de su sociedad y su cultura. Pero, además, este sujeto de la historia, lo sepa o no, lo acepte o no, expresa la naturaleza de su *ser como sujeto del inconsciente* en sus formas de hacer al interior de las instituciones que lo conforman.

Si bien ha sido cuestionable en algunos estudios psicoanalíticos sobre la educación que Freud pretendiera ser un pedagogo desde su visión y lugar como psicoanalista (Millot, 1982), el caso es que el psicoanálisis cuenta con una larga trayectoria donde educación y ciencia de lo inconsciente se encuentran, se entrecruzan y se bifurcan para analizar la enseñanza, la educación, las dificultades del alumno y el malestar del docente mismo.

Es importante considerar estos aspectos conscientes e inconscientes ahora que se viven tiempos de cambios estructurales y coyunturales en la sociedad contemporánea. El ideal del yo encarnado en el cuerpo docente y en sus ilusiones disciplinares donde se entrecruzan de inmediato con el malestar de los maestros convertidos en cuerpos dolientes (Cordié, 1988).

Esta orientación psicoanalítica sobre la educación fue vislumbraba por T. Adorno en los años 60 al postular el tabú que pesa sobre los maestros para poder analizar los determinantes de su función y que sería muy útil para saber los efectos que la enseñanza entraña dentro de las escuelas como organización y práctica social. “De tales reflexiones se sigue inmediatamente, dicho sea, al pasar, la necesidad de una formación y de una conciencia psicoanalíticas en la profesión de los docentes” (Adorno, 1965: 65).

Por esta razón el médico, el militar, el sacerdote o el *maestro* son personajes universales en términos de institución, pero también muestran un modelo que *informa, conforma y deforma* al

sujeto singular en su historia particular, su trayectoria específica y su devenir en tanto sujeto de la palabra, y sujeto de un posible pasaje al acto al interior de su institución. “Una vez reconocida en el inconsciente la estructura del lenguaje, ¿qué clase de sujeto podemos concebirle?” (Lacan, 1975, 780).

El sujeto es paradójicamente regular e irrepetible en cada caso porque a éste le ocurren cosas en términos de su *existencia institucional*, pero además le ocurren cosas en términos de su constitución inconsciente, es decir, en términos de su insistencia psíquica. Porque ahí donde *deseo* y *malestar* se complementan se da ocasión además para la aparición de la ilusión pedagógica que da cuerpo al fantasma de enseñar, el fantasma en sus múltiples manifestaciones de goce. Por eso es tiempo de dar lugar y analizar los fantasmas de la enseñanza en el deseo de ser maestro, ser en el cuerpo docente en las escuelas contemporáneas donde la autoridad parece hacer crisis.

Este personaje institucional del *maestro en su ser y padecer* constituye el objeto y el campo de análisis que intenta abordar la *otra escena* de la práctica educativa, la zona negada de la Institución, los rincones del vínculo pedagógico y los vericuetos del acto educativo por donde pasa lo no dicho, lo no pensado, los recovecos del equívoco que toda tarea trae consigo en el juego de la representación de un personaje: los accidentes, los malestares, el sufrimiento profundo de la institución que toma lugar en el cuerpo de los sujetos que encarnan a la Institución. Así, cuando se habla de crisis de la educación tan recurrentemente, el cuerpo del maestro habla del dolor en términos de la otra crisis que seguramente no es tomada en cuenta y que, por el contrario, es silenciada como efecto de la represión inconsciente a nivel individual e institucional.

En ese silencio padecido por el maestro, que es el signo de su negación, resulta pertinente para la mirada del psicoanálisis, lo que le ocurre al maestro en el ejercicio de su profesión y sobre todo la forma en que es relata y transformada en Novela Pedagógica. Es en este *relato del maestro* donde el sujeto del inconsciente se

manifiesta como *Trama de una Historia y Argumento Textual de un Relato*. Además, esa negación en la palabra relatada y puesta en acto en su ejecución es relevante para una lectura sobre el sujeto del inconsciente que devela los contenidos de la negación misma en el contexto institucional donde se pronuncia. Una voz silenciada sobre la sinrazón que se manifiesta de manera recurrente en el accidente del maestro, el lapsus institucional, las pautas de repetición que producen sufrimiento en las entrañas de la institución misma. “En las instituciones, el trabajo psíquico incesante consiste en reintegrar esta parte irrepresentable a la red de sentido del mito y en defenderse contra el “uno” (*on*) institucional necesario e inconcebible” (Kaës, 2002: 17).

A la crisis de la educación como institución le corresponde una crisis del sujeto del deseo que se juega en el lugar del maestro. Hay un malestar en la educación y un malestar en el docente y eso es innegable. Se trata ahora de profundizar en este malestar docente que pueden tener múltiples implicaciones institucionales: el cuerpo docente, el *proceso (de)-formación*, la relación pedagógica, la práctica de la enseñanza, el acto educativo, los efectos de la educación sobre los educandos que habitan el universo de lo que es la escuela, el aula y el proceso educativo mismo. “Considero a la psicopedagogía institucional un modelo teórico-práctico que permite una indagación, un diagnóstico y una elaboración de recursos para la solución de problemas en situaciones de carencia, conflicto, crisis, en instituciones educacionales. La psicopedagógica institucional constituye el análisis institucional en el área educacional, en relación con el contexto social” (Butelman, 1996: 13).

El cuerpo del oficio y la disciplina

Por esta razón *los oficios y sus disciplinas* aluden a un personaje y a una sociedad histórica en particular; son singulares a su época y prototípicos de una mentalidad histórica. Lo característico de cada una de estas instancias es que los sujetos de cada época

ignoren, olviden o desconozcan esa sociedad a la que pertenecen y que de ella tengan sólo una construcción ilusoria de sus deseos inconscientes.

Los poderes inherentes al ritual, que proceden de “otro lugar”, significan que éste no es un instrumento que se pueda utilizar para investigar y debatir lo desconocido e invisible. Y ello obedece a que un ritual no es como una herramienta o un instrumento que se manipula

Para explorar las diferentes posibilidades y resultados, como podría hacerse en un experimento científico. Tampoco se asemeja a una obra de arte, cuyos materiales son explotados conscientemente para causar el mayor efecto posible. La esencia de cualquier práctica ritual es que las personas que la ejecutan penetran en algo que ya existe y que parece exterior a ellas mismas. La magia del ritual que procede de “otro lugar” radica en que parece exterior al marco de lo que es *deseado* (Sennett, 1997: 91).

El cuerpo como objeto simbólico refleja en su conformación ideal y en su deformación las circunstancias de la historia en las que la sociedad se hace presente como acto de institución. Práctica necesaria a un ritual instituido que reclama su ejecución obligatoria y prototípica. Por eso en el cuerpo del personaje se reproducen los argumentos de un discurso puesto en acto. Es lo que hace en el campo educativo al maestro, portador de un discurso y de una actuación en su cuerpo.

Por eso lo que en el sentido común se suele llamar el yo, la imagen de sí, la autoestima, la percepción consciente, el compendio informativo de las estructuras cognitivas y otras imágenes rituales más, es sólo la manifestación ilusoria de lo que en términos psicoanalíticos podría ser el registro imaginario o la elaboración fantasmática de un deseo irrealizable que toma lugar en el sueño o el lapsus como la *figura deformada* de un deseo o que se muestra de igual forma sintomática, reelaborada, en los equívocos del pasaje al acto que todo personaje institucional manifiesta. “Los cuerpos instituidos son aquellos que han adquirido hasta en sus

gestos, las reglas formales e informales de la institución. Son los cuerpos que tienen la regla institucional" (Kaminsky, 1990: 11). El cuerpo docente integra en su figura prototípica los componentes de una historia social que le determina en sus mínimos gestos y semblantes.

Cuando el personaje institucional del policía delinque, cuando el médico genera daño iatrogénico, el sacerdote banaliza la sacralidad o el maestro deforma el saber y su transmisión en los alumnos, estos signos expresan algo del *equívoco* que se está produciendo en las entrañas de la institución a la que representan. La institución educativa, sana o enferma, termina por tomar cuerpo en sus protagonistas a través de sus averías y disloques: una crisis, una epidemia, una tragedia, una conflagración, una disputa o simplemente, la agobiante maquinaria burocrática, el aturdimiento de todos en la organización del caos. La burocracia institucional condiciona la acción ritual del personaje que termina negándolo todo, incluido a él mismo como deseo de un personaje instituido.

Es por decirlo así, una forma de inconsciente histórico el que prevalece sobre la conciencia de la época y sus personajes. "Lo social aparece entonces como el lugar de un problema para el sujeto y no como el ámbito imaginario de su resolución" (Barembli, 1983: 15). El psicoanálisis dirá de esta instancia coyuntural del momento y de la temporalidad de un sujeto, la conciencia o la razón, que es simplemente el resultado de una proyección imaginaria con las identificaciones primarias en el sujeto psíquico que se manifiesta absolutamente inconsciente de sí mismo.

El presente del sujeto del inconsciente es, siempre, el *porvenir de una ilusión*, ilusión organizada en torno a un ideal de grupo, la pertenencia a una representación imaginaria. Esta cuestión sobre el cuerpo al que se representa simbólicamente permitirá poner a prueba una hipótesis sobre la grupalidad y su constitución imaginaria, es decir, lo que se cree que hace cuerpo a partir de la pertenencia a un grupo. "Basta que los individuos que se agrupan crean que depositan lo mismo para que se produzca un

efecto ilusorio” (González, 1991: 49). El maestro como figura histórica e institucional vive también de sus propias ilusiones, representaciones e imaginarios que dibujan su manera de ser y su forma prototípica de hacer en su campo de acción.

Para el psicoanalista y analista institucional Fernando M. González, la noción psicoanalítica de *ilusión grupal*, esa que produce la asociación con la figura del jefe, no es suficiente para dar cuenta de las formas de grupalidad en tanto cuerpo de una representación imaginaria, porque se estaría dejando fuera de la constitución grupal elementos de otra naturaleza como los determinantes políticos relativos al poder, los determinantes económicos condicionantes del presente y sobre todo, el peso relativo de la historia que cada grupo representa en su pasado y en su constitución imaginaria, ilusión siempre contradictoria e incompleta. A la mirada del psicoanálisis tradicional haría falta una lectura sociológica desde el Análisis Institucional en el campo de la educación para saber del maestro no sólo su deseo inconsciente, sino su actuación histórica en la escuela.

No en vano tantas modalidades pedagógicas existentes donde se disputa siempre la misma cosa; el modelo ideal de ser maestro, pedagogo o enseñante; un modelo ideal del maestro que toma cuerpo en su actuación como disciplina, práctica o intervención pedagógica. “La filosofía de la educación representa así, un instrumento eficaz de formación del educador, capaz de llevarlo a superar el sentido común, el activismo inconsciente y el verbalismo estéril” (Gadotti, 1998: 4). La producción de esta idea sobre la buena pedagogía y el ideal del yo del pedagogo saturan la literatura sobre la imagen espectral del maestro y su afán de alcanzar la representación suprema del demiurgo; la encarnación de la autoridad por el cargo que ocupa y el oficio que despliega.

El *oficio de docente* que actúa como *espíritu de cuerpo*, cualquiera que éste sea, muestra en sus posibilidades presentes y sus aspiraciones futuras, el *fantasma* al que da lugar la institución que lo nombra. Todos los tiempos son iguales en esta posición

ambiciosa de perdurar y permanecer para siempre en la construcción ilusoria del *para todos y para siempre*. “Saldrán a nuestro paso esos poseídos que están a merced de los caprichos de la institución, porque son la institución hecha hombre, y porque, dominantes y dominados, no pueden padecer o ejercer plenamente la necesidad de ella sino porque la han incorporado, forman un cuerpo con ella, le dan cuerpo” (Bourdieu, 2013: 16). El ejercicio acrítico de la disciplina en la institución educativa hace inconsciente en el plano social otra clase de inconsciencia; la reproducción social de las representaciones instituidas.

Pero los tiempos que corren en la sociedad actual, se pregonan lo contrario a otras épocas donde se imponía la necesaria reproducción social: *ya no se busca la perdurabilidad de los objetos o la constancia de las relaciones humanas, sino todo lo contrario, se promueve la transformación y el cambio permanente*. Contrario a las posiciones ideológicas de antaño, la política moderna impone la trascendencia, el cambio, la ruptura de paradigmas, la revolución de las ideas y los esquemas tradicionales. De tal suerte que los cambios no llegaron por vía de la revolución como hubiésemos imaginado y querido, sino por la ideología del consumo capitalista que todo lo convierte en mercancía.

Los sólidos que han sido sometidos a la disolución, y que se están derritiendo en este momento, el momento de la modernidad fluida, son los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivas –las estructuras de comunicación y coordinación entre las políticas de vida individuales y las acciones políticas colectivas–” (Bauman, 2000; 13-14).

Tampoco se procura la profundidad de las cosas y su conocimiento, sino su insustancialidad y su utilidad desecharable; de igual forma ya no se trata de comprender la complejidad de los fenómenos o la perdurabilidad de las estructuras materiales y simbólicas, sino su reducción a la simplicidad de las cosas como acontecimiento fortuito, como evento efímero, sin causa de principio ni efecto como fin. “En una cultura entregada a los placeres sensoriales y al

deseo de gozar aquí y ahora, toda la vida social e individual, según se nos dice está envuelta en un halo orgiástico” (Lipovetsky, 2006: 200). Y en esto radica la base profunda de lo que está pasando con la educación contemporánea; los cambios antropológicos del ser social que tocan al ser del maestro en la actualidad.

Si la escuela servía anteriormente para regular los impulsos y la educación para orientar hacia los fines colectivos, la educación promueve ahora la eficacia individualista de los alumnos para hacer lo que sea a cualquier precio. En el mercado de las transformaciones financiadas con tarjetas de crédito, el individuo se disuelve en la masa de las oportunidades a plazo fijo; comprar ahora para esclavizarse toda la vida. Y en este mercado de productos comercializables la educación aparece como el derecho al que se renuncia como beneficio público para trocarlo en deuda privada e individualizada en forma de certificación y deuda financiera. Si la educación se paga es mucho mejor porque mientras más cara mejor su consistencia pedagógica, tal es el mito en la actualidad con la educación privada.

Si estos cambios en la sociedad no son sustanciales seguramente pasarán como tantas otras formas coyunturales del pasado, pero si la base institucional de la educación se transforma radicalmente, está en juego peligrosamente el lugar del maestro y la condición de la escuela misma en la sociedad contemporánea cada vez más individualista, especializada, despersonalizada y privatizada. Estos son, a fin de cuentas, los efectos perversos de la globalidad y la globalización sobre el campo de la educación.

En el actual régimen político y económico ya no se vive de la reproducción social sino del cambio permanente, se promueve con asiduidad el cambio de paradigmas desecharables y sustituibles. Este cambio de posición afecta directamente a la condición estructural de la educación porque ésta juega o jugaba un papel de transmisión y garante de la reproducción social en toda sociedad histórica. El lugar del maestro cambia así en una escuela que ya no requiere de la transmisión como objetivo prioritario y esta condición modifica sustancialmente el lazo de la trasferencia entre maestro y alumno

Si en otro tiempo se le adjudicó a la educación el papel ideológico de la reproducción social, la práctica docente se topa ahora con la consigna de promover en los contenidos de la educación, los cambios vertiginosos, los lugares virtuales de la relación a distancia y el manejo de los recursos tecnológicos que proponen en sí mismos *una forma de ser y una manera de hacer en el mundo*.

Como en otros tiempos tocó a los medios de comunicación hacer *del medio el mensaje mismo*, la educación es ahora de igual manera, *la forma prototípica de la apariencia y la simulación en lugar del contenido sustancial del saber*. Y en este caso, esta simulación burocrática conforma la educación actual y el modelo del sujeto moderno convertido en el súbdito de la máquina, alimentado con contenidos virtuales estereotipados; *en todas partes igual y lo mismo*.

El reino de lo homogéneo se impone con capacidad de exportación internacional que termina deformando la idea original del sujeto de la educación y el proceso mismo de la educación con sus objetos tradicionales; el pizarrón, los papeles, los gises, los pupitres, el aula misma que favorecía el contacto con el otro, la socialización de la información, el reconocimiento del límite vía la figura del maestro. Algo muere en el horizonte de la escuela y las aulas contemporáneas.

El declive de la autoridad docente

Otros tiempos corren en la necesidad lógica de las cosas materiales y en los eventos resultantes de la relación humana por conocer. Si todo lo *sólido se desvanece en el aire*, lo etéreo se erige en modelo idealizado; ya no más trato entre semejantes, ya no más relación de enseñanza, ya no más conocimientos sólidos y perdurables. A este cambio que acontece a nivel global, algunos teóricos piensan que es el resultado ineludible de la transformación estructural de la Autoridad en la sociedad Patriarcal en tanto eje

de articulación de las instituciones tradicionales como el Estado, la Iglesia, la Familia y la Escuela.

La mayoría de los problemas llamados de la sociedad, tan fácilmente interpretados en términos psicológicos, son problemas colectivos e institucionales: las nuevas familias, la educación de los hijos, su socialización en la escuela (que, junto con la empresa, es un objeto mayor de controversia entre Tesson y Joffrin); también las violencias urbanas –para no hablar de los daños del progreso, de las diversas y crecientes contaminaciones, del *acoso moral*, de la comida chatarra, o epizzotias originadas en las perversiones de la industria alimentaria–(Mendel, 2011: 14).

La vieja sociedad autoritaria, patriarcal y jerárquica muere para dar nacimiento a una nueva forma de vida en la sociedad globalizada donde se pregoná que *todo es posible a partir de la eliminación de las diferencias*. Para algunos teóricos de las ciencias sociales y del psicoanálisis esta condición avizora la aparición de un nuevo estatuto para el sujeto de la posmodernidad o de la modernidad tardía en el que se pregoná el Fin de la Historia.

Y es en este cruce de cambios estructurales de las instituciones y sus personajes donde la crisis de la Autoridad se ensambla con la crisis de la Educación en nuestra época. El efecto de esta encrucijada es devastador en términos de los cambios que se pueden observar en varios niveles: en el conjunto de la sociedad que se engulle a sí misma, en la jurisdicción igualitaria de las instituciones, en la morfología de las organizaciones que se homogeneizan, en sus dispositivos disciplinarios que se hegemonizan, en la naturaleza de los grupos humanos que tienden a eliminar la diferencia en las políticas de pertenencia absoluta a sectas de todo tipo, pero fundamentalmente, *los cambios se producen en la constitución del sujeto psíquico moderno y en el discurso social que lo sostiene como verdad de nuestra época* (Alemán, 2012).

En la sociedad actual ya no importa el sujeto del deseo y por tanto el sujeto de la angustia, sino el sujeto de la eficacia tecnológica y la felicidad al alcance de la mano. Y esta condición apela a una nueva

concepción del sujeto contemporáneo y a un cuestionamiento del sujeto de la educación. El *estoicismo* de la enseñanza a través del esfuerzo se ha trocado en una enseñanza *hedonista* donde el alumno no debe estresarse, ni padecer su asistencia a la escuela porque a ella acude no para aprender sino para ser feliz. Y en medio de estos modelos idealizados en plena trasformación estructural, el lugar del maestro se disloca como representante de la autoridad para quedar abierta la incógnita sobre su deseo en la enseñanza como práctica profesional.

Lo de menos es que estos cambios en la sociedad se sucedan porque simplemente la historia así lo atestigua, el problema es que estas transformaciones repercuten directamente en la práctica de la educación y en sus dispositivos históricos sin que se puedan observar todavía los efectos probables de estos cambios que nada tienen de revolucionarios porque refieran a la *deformación de los sujetos y a los procesos que los constituyen en el plano psíquico y educativo*.

El declive del sujeto al saber

La clásica oposición entre *tradición y modernidad* cobra ahora una dimensión de mayor envergadura porque ya no se trata de mantener lo viejo contra las ideas revolucionarias en contra del poder; es el poder ahora quien procura que las cosas puedan cambiar lo más rápidamente posible para instituir nuevos cambios en aras de mantener una lógica de dominio y control permanente sobre los sujetos homogéneos de las nuevas instituciones, las instituciones de la disolución.

En una época se planteó cambiar esta situación, no en términos de reducción de las desigualdades, sino en la trasformación revolucionaria de la estructura social. Se refería, sin duda, a lograr la igualdad entre los hombres. Podríamos formular esta trasformación diciendo que hemos pasado de la sociedad industrial a la sociedad salarial, (...) la sociedad salarial no es en

absoluto una sociedad de igualdad. Existe una gran disparidad de ingresos y también de patrimonios en el acceso a diferentes bienes como la educación, la cultura, etc. (Castel, 2003; 17).

Los conservadores de la antigüedad son ahora los revolucionarios en estos tiempos de la indiferencia donde se da paso a la revolución posmoderna, revolución en la que se promueve la transformación y el cambio permanente del sujeto y el cambio de la vieja realidad a una nueva realidad. Al parecer una realidad ilusoria, manipulable, sustituible, mutable y ajustable a los nuevos consensos en todos los ámbitos de la vida social e individual. Hace así su aparición en la escena histórica una *nueva ilusión del porvenir y un sujeto más parecido a las posiciones pulsionales que a un sujeto dominante del ello*. Si Freud creyó que el malestar en la cultura era el resultado por reprimir las pulsiones destructivas del ello a favor de la sociabilidad, en la sociedad de individuos que se promueve en la actualidad lo que importa es romper los esquemas y las limitaciones de la época y dar rienda suelta a las pulsiones pasionales del momento.

El sujeto de la posmodernidad es un sujeto de goce y esto trae consecuencias profundas en el campo educativo. El análisis sobre el cuerpo docente y los procesos (de)-formación aluden a estos cambios emergentes en la escuela contemporánea que ya no tiene como fin contener impulsos y socializar los deseos, sino certificar los estereotipos, promover las conductas repetibles, seguir los estándares del consumo sin contradicciones a la vista, favorecer un mundo donde todo es posible.

El *Hombre Unidimensional* (Marcuse, 1968) que se avizoraba a mediados del siglo XX es ahora un encumbrado poseedor de la verdad tecnificada del siglo XXI. Con la eliminación de las oposiciones y la superación de la dialéctica de las contradicciones se construye ahora un nuevo imaginario social y un nuevo modelo ideal del sujeto psíquico; la unificación de los contrarios se concreta en los fenómenos del consenso y los acuerdos entre particulares donde la Ley simbólica resulta prescindible frente al consenso de la ley imaginaria entre varios. Y en estos términos, ahí donde el

sugetto moderno se cree fiel a la disolución de las contradicciones, a la pregunta psicoanalítica de origen sobre la *educación imposible* como práctica social resulta oportuno preguntar, ¿será posible la educación ahora en el régimen de la felicidad tecnificada?, ¿Cómo será posible la educación moderna basada en el viejo paradigma de la escolarización?

Al igual que en la vieja película sobre un avión sin conductor, la pregunta que se plantea actualmente en la nave de la enseñanza moderna es, ¿Dónde está el maestro con su autoridad académica en la escuela posmoderna?, ¿Quién es el maestro ahora que no toca a él la trasmisión sociocultural?, ¿Qué hace y qué le ocurre al maestro en este nuevo trayecto donde parece ser cada vez más prescindible?

La idea que se propone aquí sobre *el cuerpo docente* es que una lectura psicoanalítica sobre el campo educativo resulta imprescindible porque ésta tiene por finalidad el *estudio del sujeto de la educación* en la sociedad y la escuela contemporánea; restituye el lugar insustituible del maestro como cuerpo docente en la elaboración del conflicto social y psíquico; restablece el lugar del maestro, el cuerpo docente, el territorio simbólico de un personaje y sirve para formular con justicia una simple pregunta: ¿Quién es el sujeto de la educación en la escuela actual que permita mantener la presencia y la interdicción en la relación pedagógica y el vínculo transferencial? El maestro es el soporte de la transmisión y el conducto de la transferencia y este lugar es insustituible en la escuela.

Por el contrario, ese sujeto liberal de la sociedad globalizada que tiende a la homogeneización de la eficiencia técnica, que se cobija con la consigna del todo es posible y para el que el objetivo de la educación es conseguir la felicidad a cualquier precio, el que hace de modelo para un personaje históricamente nulificado, representa todo lo contrario; la unidad corporativa de un estamento, la dimisión de una función rectora, la encarnación evadida de una representación de la autoridad social. La *desaparición del sujeto*

supuesto al saber que el maestro representa en la escuela actual sería la disolución del ritual institucional de la educación como un ideal y la anulación de la sociabilidad misma. Y esto significa que, a menor función educativa en la escuela, mayor violencia real en la sociedad y en la escuela misma. No por nada las violencias escolares y el malestar docente imperan en las últimas décadas en la educación moderna en todo el mundo.

El maestro, el docente, el cuerpo docente, el personaje figurativo de la institución que ilustra con su imagen, su fantasma, su representación imaginaria o su semblante, la función y el sentido del sujeto de la educación tendrán como corolario, la necesaria lectura sobre el sujeto del inconsciente como su contraparte, su anverso, su otra escena en el campo de la educación.

El sujeto de la educación y el sujeto del inconsciente

Si el objeto de estudio y análisis es un personaje histórico, una figura institucional, aquel que realiza una función instituida por la sociedad a la que presta su cuerpo y nombre, ese personaje es un sujeto en el campo de su disciplina al que obedece en sus determinaciones estructurales, pero además, en él encarna una dimensión negada en el plano singular e institucional; es el sujeto del inconsciente que cristaliza también otros derroteros menos evidentes, palpables únicamente en el equívoco de su función práctica.

Ese sujeto del inconsciente, encarnado en el cuerpo docente y en el cuerpo del maestro, es la manifestación de la determinación estructural de un personaje, la que cumple con el designio del ritual instituido en un acto simbólico: *la reproducción, la repetición, la representación y la insistencia de una pauta que hace la unidad del cuerpo docente*. Otros dirían, desde una lectura más optimista, que es el cumplimiento de la vocación y la misión educativa del docente que padece en su osadía heroica.

Por los cambios que acontecen en la sociedad contemporánea, resulta importante poner en el campo de observación la relación potencial que existe entre ese sujeto de la educación (modelo ideal del maestro) y el sujeto del inconsciente (modelo denegado) que es insoslayable para cualquier sujeto en acto.

El sujeto de la educación es susceptible de formación por relación a la información que lo modela, pero no se conforma a un programa preestablecido como la pedagogía supondría, adviene otro en un proceso inconsciente que da lugar a una estructura psíquica singular en cada caso: *neurosis, perversión y psicosis son los derroteros de una historia que cada cual cuenta y actúa a su modo.*

A propósito de la *psicología del colegial* Freud acentúa la importancia del maestro en la vida del adolescente que comienza su separación y cuestionamiento contra el padre, asumiendo al maestro como representante de ese mundo que espera ser descubierto por el recién liberado estudiante. Y en este pasaje el padre del psicoanálisis enfatiza la demarcación entre psicoanálisis y educación representada por los *profesores*.

Como psicoanalista, debo interesarme más por los procesos afectivos que los intelectuales; más por la vida psíquica inconsciente que por la consciente. La emoción experimentada con mi amigo profesor del colegio me conmina a una primera confesión: no sé qué nos embargó más y qué fue más importante para nosotros: si la labor con las ciencias que nos exponían o la preocupación con las personalidades de nuestros profesores. En todo caso, con estos nos unía una corriente subterránea jamás interrumpida, y en muchos de nosotros el camino a la ciencia sólo pudo pasar por las personas de los profesores: muchos quedaron detenidos en este camino y a unos pocos - ¿por qué no confesarlo? - se les cerró así para siempre (Freud, 1914; 89).

Con inusitada claridad Freud distinguía al sujeto de la educación encarnado en el proceso intelectual centrado en el camino de la ciencia y al sujeto del inconsciente orientado por el camino sinuoso de los afectos que aluden a otra dimensión del sujeto.

El sujeto del inconsciente es dable por la palabra que lo constituye mediante la historia que adviene verdad de su deseo en un relato por decir y que se constituye en una novela por narrar a otro que siempre es su destinatario; un decir probable a una escucha posible. Aquí se encuentra el cruce del sujeto de la educación con el sujeto del inconsciente: *un sujeto en formación por la acción pedagógica y un sujeto equívoco por la acción del deseo que nunca se cumple como el ideal prescribe.*

El inconsciente a partir de Freud es una cadena de significantes que en algún sitio (en otro escenario, escribe él) se repite e insiste para interferir en los cortes que le ofrece el discurso efectivo y la cogitación que él informa (Lacan, 1975: 779).

Porque mientras la principal actividad del docente es hablar a un otro, la del analista es una posición neutral en la escucha de esas historias relatadas, descritas, contadas y convertidas en novelas estructuradas de una verdad que bien podría ser neurótica como Freud pensó, o un delirio psicótico como Lacan supuso, o como algunos postulan ahora en la modernidad tardía, una nueva narrativa donde la educación, la cultura y la tendencia civilizatoria nos conducen a un horizonte pedagógico del sujeto perverso, narcisista, adueñado del futuro cercano y sin ley.

El sujeto del inconsciente es, así, un sujeto del lenguaje y, por tanto, un sujeto del orden simbólico; un sujeto en falta. Ésta es la premisa del psicoanálisis como ciencia del inconsciente que es necesario colocar en el campo de la educación para dar cuenta del sufrimiento institucional de un personaje que suele asumirse como *un prócer feliz que niega, rechaza o forcluye la ley que representa en su actuación como docente y en calidad de maestro.*

Al final de la época moderna en que vivimos, donde lo único cierto es que la escuela ya no es la misma y la educación es mucho menos de lo que la tradición designaba, cabe preguntarse con ingenuidad pasmosa una serie de interrogantes; ¿Cuál es la novela pedagógica del maestro en su relato sobre la escuela moderna?, ¿Qué le ocurre al maestro en la trayectoria como profesión docente?, ¿Qué le ocurre en su insistencia inconsciente por el ejercicio de su ser como representante de un personaje institucional que impone rituales significantes más allá de su conciencia intelectual? y por esa misma razón, ¿De qué padece como docente en la escuela moderna siempre en permanente crisis?

El maestro existe aún y eso es innegable, pero también algo insiste en su lugar de protagonista central en la escuela que cada vez muere un poco más.

A manera de conclusiones: el epílogo del docente

En la Novela Pedagógica del Maestro expresada de mil formas se puede escuchar el relato de *un sujeto que no sabe que sabe lo que le ocurre*. Alguien podría suponer que el maestro se queja sin razón de sus desdichas y de los atropellos que padece en su profesión, pero en el fondo ocurre otra cosa distinta a un lamento aislado e individual. Para que la novela del maestro no sea una versión des-contextuada debe concebirse en el marco de los parámetros descritos al inicio del artículo: el maestro como significante del cuerpo docente, el maestro como responsable del proceso de-formación educativa y el maestro como protagonista de la trama que se actúa en el escenario de la escuela contemporánea.

En ese relato que sintetiza la trayectoria laboral del maestro con sus deseos y desilusiones podemos encontrar algunas evidencias esclarecedoras que develan la convergencia del sujeto en dos tipos de discursos; el sujeto de la educación y el sujeto del inconsciente.

- ¿Quién es tu jefe en la escuela papá? Preguntó un día a su padre el hijo de un maestro.
- En la escuela todos son mis jefes hijo; el intendente, la secretaria, el director, el subdirector, todos me dan órdenes y a todos tengo que obedecer.

En otras ocasiones la queja resignada se orienta por otras reflexiones sin respuesta.

- Antes los alumnos eran reprendidos y castigados por reprobar, ahora, son los maestros los que resultan regañados porque los alumnos repreban. Tienen que capacitarse, formarse, certificarse y, por si fuera poco, ser evaluados como ningún otro profesional.
- La verdad yo sólo pensaba trabajar un tiempo de maestro y después dedicarme a otra cosa, pero el tiempo me fue comiendo y cuando me di cuenta ya habían pasado 20 años. Después sólo pensé cuando acabaría este martirio.
- Los compañeros de generación que se han jubilado de a poco se enfermaron, tuvieron crisis psiquiátricas o de plano, algunos murieron muy pronto.
- La verdad es que yo no sé hacer otra cosa que enseñar y orientar a las madres de familia. Fuera de la escuela no me encuentro.

La autoridad del maestro se diluye con la disipación institucional de la figura de autoridad que antes representaba; el garante de la educación como medio de ascenso y movilidad social de los educandos. Ahora que la educación ha dejado de ser la argucia para el progreso y la movilidad social, la educación se realiza como un automatismo, una repetición y una actuación estereotipada donde los que enseñan obedecen a una consigna y los que aprenden simulan un aprendizaje.

El maestro desautorizado por la institución educativa corre el riesgo de lo que ya ocurre en otros escenarios institucionales; la declinación social de la autoridad del padre, la transformación de las estructuras familiares, la transformación de las funciones del Estado, la modificación de los referentes de la maternidad y la fecundidad, la progresiva cobertura de las ideologías de la indiferencia disfrazada de diversidad, la incorporación paulatina y silenciosa de sujetos excepcionales a las estructuras instituidas de la normalidad y con todo ello, la debacle convertida en crisis normalizada.

Los signos de esta transformación de la educación en el campo escolar pueden ser observados en lo que algunos autores han denominado la Tragedia Educativa, la Catástrofe Escolar y el Malestar del docente. Con ello se designa la crisis del cuerpo docente desautorizado en sus funciones, el desajuste crónico del alumno en el lugar del que aprende, en la subversión contra la autoridad; las violencias escolares que son mucho más que los hostigamientos entre los alumnos y las hostilidades contra los maestros.▼

Bibliografía

- Aboites Aguilar, Hugo (2001). *La universidad al comienzo del siglo*. México: UAM/UCLAT. 2001. 34-54.
- Adams, Richard N. (1978). *La Red de la expansión humana*, México, Ediciones de la Casa Chata.
- Adorno, Theodor (1998). *Tabúes sobre la profesión de enseñar en Educación para la emancipación*. España: Ediciones Morata.
- Alemán, Jorge (2012). *Soledad común. Políticas en Lacan*. España: Clave Intelectual.
- Barembliit, Gregorio (1983). *El Inconsciente institucional*. México: Nuevomar.
- Bauman, Zygmunt (2000). *Modernidad Liquida*. México: FCE.
- Bourdieu, Pierre (2013). *La nobleza de Estado. Educación de élite y espíritu de cuerpo*. México: Siglo XXI Editores.
- Butelman, Ida (1998) *Pensando las Instituciones. Sobre teorías y prácticas en educación*. México: Paidós.

- Castel, Robert (2003). *Empleo, exclusión y nuevas cuestiones sociales en desigualdad y globalización*. Cinco conferencias. Bs. As.: Manantial.
- Cordié, Anny (1998). *El malestar en el docente. La educación confrontada con el psicoanálisis*. Bs. As.: Nueva Visión.
- De Certeau, Michele (1987). *Historia y psicoanálisis*. México: Universidad Iberoamericana.
- Díaz Barriga, Ángel (2009). *El docente y los programas escolares. Lo institucional y lo didáctico*, México, UNAM/IISUE.
- Etcheverry, Jaim (1999) *La tragedia educativa*, México, Fondo de Cultura económica.
- Foucault, Michel (1976). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México, Ediciones Siglo XXI.
- Gadotti, Moacir (2015). *Historias de las ideas pedagógicas*. México: Siglo XXI Editores.
- González, Fernando M. (1991). *Ilusión y grupalidad. Acerca del claro oscuro objeto de los grupos*. México: Siglo XXI Editores.
- Guevara Niebla, Gilberto (1992), *La catástrofe silenciosa*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Kaës, René (2002). *Realidad psíquica y sufrimiento en las instituciones en la institución y las instituciones*. Argentina: Paidós.
- Kaës, René (1996), *Sufrimiento y psicopatología de los vínculos institucionales. Elementos de la práctica psicoanalítica en institucionales*. México, Paidós.
- Kaminsky, Gregorio (1990). *Dispositivos institucionales. Democracia y autoritarismo en los problemas institucionales. Argentina*. Editorial, Argentina.
- Lacan, Jacques (1975). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano en Escritos 2*. México: Siglo XXI Editores.
- Lipovetsky, Gilles (2013). *La felicidad paradójica*. México: Anagrama.
- Marcuse, Herbert (1968). *El hombre unidimensional*. México: Joaquín Mortiz.
- Mendel, Gérard (2011). *Una historia de la autoridad. Permanencias y variaciones*. Bs. As: Ediciones Nueva Visión.
- Millot, Catherine. (1982). *Freud antipedagogo*. Argentina: Paidós.
- Nieto, Lilia. (2016). *Pedagoga. ¿Ser-vil? Institución, poder y sujeción*. México: Ediciones Nandela.
- Sennett, Richard (1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. España: Alianza Editorial.